

□ Tiempo de lectura: 8 min.

Llegada a Patagones e inicio de la obra

Los primeros salesianos establecieron definitivamente su misión en la Patagonia el 20 de enero de 1880. Acompañados por Monseñor Antonio Espinosa, vicario del Arzobispo Federico Aneyros, llegaron a Carmen de Patagones Don Giuseppe Fagnano, Don Emilio Rizzo, Don Luigi Chiaria, el catequista coadjutor Luciani y otro “joven alumno suyo”, que ha permanecido desconocido; con ellos llegaron también cuatro Hijas de María Auxiliadora: Giovanna Borgo, Angela Vallese, Angiolina Cassolo y Laura Rodríguez.

Los misioneros se comprometieron con la catequesis y la formación de los habitantes de Patagones y Viedma abriendo un colegio dedicado a San José, mientras que las Hijas de María Auxiliadora fundaron un instituto dedicado a Santa María de Las Indias. A continuación, se emprendieron expediciones a las colonias situadas a lo largo del curso del Río Negro, con el fin de garantizar el apoyo espiritual y catequético a los emigrantes que vivían en esas regiones y, al mismo tiempo, iniciar sistemáticamente la catequesis para la conversión de las comunidades nativas de la Patagonia.

La presencia de los Salesianos en Argentina fue favorecida y seguida con interés por el gobierno argentino, que evidentemente no estaba impulsado en esta elección por un ferviente deseo de ver a las comunidades indígenas convertidas al cristianismo, sino por la necesidad de calmar a la opinión pública indignada por las matanzas indiscriminadas y la venta de prisioneros: las campañas militares de 1879 para ampliar las fronteras habían chocado con la resistencia de las comunidades que vivían en los territorios de la Pampa y la Patagonia.

Hábitos y costumbres de las comunidades indígenas de la Patagonia

Conocer las costumbres, la cultura y las creencias de las comunidades que pretendían convertir fue una tarea importante para los primeros misioneros: Don Giacomo Costamagna, durante su misión exploratoria a Patagones en 1879, señaló que, una vez cruzado el Río Colorado, se había encontrado con un árbol “cargado de cortinas, o mejor dicho, de trapos, de los que los indios se habían colgado como votos”. El misionero explicó que el árbol no se consideraba una divinidad, sino simplemente la morada “de los dioses o buenos espíritus” y que los trapos eran una especie de ofrenda para apaciguarlos y hacerlos benévolos. Costamagna descubrió más tarde que las comunidades adoraban a un “Dios supremo” llamado Gùnechen.

Los conocimientos aumentaron con los años. Con el tiempo, los misioneros

se dieron cuenta de que las comunidades de la Patagonia creían en un “Ser Supremo” que administraba y gobernaba el universo y que, sin embargo, su concepto de una deidad benevolente -comparado con el cristiano- parecía confuso, ya que a menudo no era posible “distinguir el principio del bien, que es Dios, del genio del mal, que es el diablo”. Los miembros de la comunidad sólo temían «“as influencias del genio maligno”, de modo que al final los indios sólo imploraban a la deidad maligna que se abstuviera de todo mal.

Los misioneros constataron con tristeza que las comunidades indígenas “no saben pedir nada al Señor sobre cosas espirituales” y también describieron cómo se trataba la enfermedad y la muerte de un miembro de la comunidad. Según la creencia común, el demonio, llamado Gualicho, tomaba posesión del enfermo y, en el caso de la muerte del enfermo, el demonio “había vencido”: “y así lloran, rezan y cantan lamentaciones acompañadas de mil exorcismos, con los que pretenden conseguir que el genio maligno deje en paz al difunto”.

Una vez enterrado el cadáver, comenzaba el periodo de luto, que solía durar seis días en los que los indios “se arrojaban con el rostro a tierra” y cantaban ‘una especie de lamento’; se desaconsejaba vivamente vivir donde había residido el difunto y entrar en contacto con cualquiera de sus efectos personales, porque Gualicho había vivido allí.

No había cementerios compartidos y sobre las tumbas era posible ver “donde dos y donde tres esqueletos de caballos”, que se sacrificaban al difunto para que le sirvieran de ayuda y apoyo en la otra vida. Así pues, se mataba a los caballos encima de la tumba, dejando allí los cadáveres para que el difunto pudiera disfrutar de su carne, mientras que la silla de montar, diversas provisiones y joyas se enterraban con el cadáver.

En la vida ordinaria, sólo los más ricos tenían viviendas cuadradas de adobe, sin nada “más que la puerta para entrar en ellas y una abertura en medio del tejado para la luz y para que saliera el humo», mientras que las comunidades a lo largo del curso del río Negro se establecían junto a ríos o lagunas y las viviendas eran en su mayoría simples tiendas: “cuero de caballo o de guanaco suspendido por encima con unos palos clavados en el suelo”. A los que se habían rendido, el gobierno argentino les había ordenado construirse una casucha (rancho), es decir, “una habitación más o menos grande hecha generalmente de caña, planta con la que abunda el campo en los lugares húmedos”. Los más afortunados habían construido casas con palos de sauce y barro.

En 1883, los misioneros constataron: “Hoy en día, y sobre todo en la mala estación, es raro ver a un indio que no vaya vestido de pies a cabeza, incluso entre los que aún no se han rendido. Los hombres visten más o menos como los nuestros,

menos la limpieza, que no tienen, y los pantalones los llevan ordinariamente como los Garci, a la manera, como dicen, de Ciripà. Los más pobres, si no tienen otra cosa, se envuelven en una especie de manto de la tela más ordinaria. Las mujeres llevan la manta, que es un abrigo que cubre todo el cuerpo". Las mujeres permanecieron fieles a los trajes tradicionales durante más tiempo: las mujeres tienen la ambición de llevar grandes pendientes de plata, varios anillos en los dedos y una especie de brazalete en las muñecas, hecho de filigrana de plata con varias vueltas alrededor del brazo. Algunas de ellas y las más pudientes también llevan varias vueltas de filigrana sobre el pecho. Son por naturaleza muy tímidos, y cuando algún forastero desconocido se acerca a su casa, se esconden apresuradamente.

Los matrimonios seguían la tradición: el novio regalaba a los padres de su futura esposa "diversos objetos preciosos de oro y plata, como anillos, brazaletes, estribos, frenos y similares", o simplemente podía pagar "en dinero una suma acordada entre ellos": los padres sólo daban a sus hijas en matrimonio por dinero y, además, el novio estaba obligado a quedarse en casa de la novia y encargarse del mantenimiento de toda la familia.

La poligamia estaba muy extendida entre los jefes o caciques y, por consiguiente, como afirmaba Don Costamagna en una carta publicada en enero de 1880, era difícil convencerles de que renunciaran a ella para hacerse cristianos.

Evangelizar a las comunidades nativas: "no con golpes, sino con mansedumbre y con caridad debéis ganaros a estos amigos vuestros".

Un papel fundamental en la labor de catequesis y evangelización en la Patagonia lo desempeñó el P. Domingo Milanese, también por su labor como mediador entre las comunidades y el gobierno argentino.

El misionero se unió a los hermanos el 8 de noviembre de 1880 tras ser nombrado vicario de la parroquia de Nuestra Señora de la Merced de Viedma, y en una carta a Don Miguel Rua fechada el 28 de marzo de 1881 relataba su primera misión entre "los indios del campo", subrayando las considerables dificultades encontradas en el intento de instruir y catequizar: las comunidades nativas vivían lejos unas de otras y Don Domenico tenía que ir personalmente a sus toldos, o casas. A veces conseguía reunir a varias familias y entonces la catequesis se celebraba al aire libre, donde, sentados en el césped, los patagones escuchaban la lección de catecismo.

Don Domenico contaba que incluso una oración sencilla como "Jesús mío, misericordia", que él consideraba simple y fácil de memorizar, en realidad tardaba mucho tiempo en entenderse: aunque se repetía entre cincuenta y cien veces, a

menudo se olvidaba en un par de días. Sin embargo, el deseo de ver a las comunidades nativas convertidas y sinceramente cristianas era motivación más que suficiente para continuar la misión: “Pero nuestra Religión nos manda amarlos como a hermanos nuestros, como a hijos del Padre Celestial, como a almas redimidas por la Sangre de Jesucristo; y por eso con caridad paciente y benigna, y que lo espera todo, decimos, repetimos un día, dos, diez, veinte hasta que basta, y por fin conseguimos que aprendan lo necesario. Si vieras lo felices que son después; es un verdadero consuelo para ellos y para nosotros, que nos recompensa por todo”.

No fue fácil conseguir que estas comunidades aceptaran las verdades de la fe católica: Don Domenico, en un informe publicado en el Boletín en noviembre de 1883, contó que durante una misión a la comunidad del cacique (jefe) Willamay, cerca de Norquin, arriesgó seriamente su vida cuando la asamblea a la que predicaba empezó a discutir las enseñanzas que había recibido hasta entonces. El propio Willamay, describiendo a Milanésio como “un contador de sueños a la manera de las viejas”, se retiró a su toldo, mientras que había quienes se ponían de parte del misionero y quienes eran de la misma opinión que el cacique. Ante esta situación, Milanésio prefirió mantenerse al margen y, como él mismo señaló: “Permanecí entonces en silencio esperando el resultado de aquella agitación de las mentes, que era presagio de siniestras aventuras. En cierto momento, creí realmente que había llegado el momento de recibir al menos una paliza de aquellos bárbaros, y tal vez incluso de dejar mi propio pellejo entre ellos”. Afortunadamente, al final prevaleció el partido que apoyaba al misionero, por lo que el salesiano pudo concluir su catequesis con el agradecimiento de la comunidad.

Catequizar a estas poblaciones no fue una tarea fácil y los salesianos se vieron obstaculizados por los militares argentinos, cuyas actitudes y hábitos ofrecían ejemplos negativos de vida cristiana.

Don Fagnano escribió: “La conversión de los indios no es tan fácil de obtener, cuando se ven obligados a vivir con ciertos soldados, que no les dan buen ejemplo de moralidad; y en sus toldos por el momento no es posible penetrar sin peligro de la propia vida, porque estos salvajes se sirven de todos los medios para vengarse de los cristianos, que, según ellos, van a apoderarse de sus campos y de sus ganados”. El mismo salesiano escribió también sobre dos comunidades que, habiéndose instalado a poca distancia de un campamento argentino donde se habían abierto “licorerías”, se entregaban “al vicio de la embriaguez”. Don Fagnano reprochó a los militares que, “por cobardía”, prepararan el terreno para que los indios se entregaran aún más al “desorden bestial”.

Don Fagnano y Don Milanesio continuaron, sin embargo, acercándose a estas comunidades, catequizándolas y formándolas, para “instruirlas en las verdades del Evangelio, educarlas con la palabra, pero sobre todo con el buen ejemplo”, a pesar del peligro, para que, como deseaba Don Bosco, llegaran a ser “buenos cristianos y honrados ciudadanos”.

Giacomo Bosco